



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Algunos aportes al debate sobre la racionalidad femenina

Autor:
Nudler, Alicia

Revista
Mora

1996, N°3, pp. 35-41



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Algunos aportes al debate sobre la racionalidad femenina¹

Alicia Nudler *

En este trabajo sostengo la importancia de explicitar dos cuestiones cuando debatimos, dentro del feminismo, la postulación de una racionalidad femenina. Estas son: 1) la diferencia entre la pregunta psicológica y la pregunta filosófica por la existencia de tal racionalidad; 2) la diferencia entre estrategia y utopía.

Paralelamente al desarrollo de estas dos distinciones, presentaré algunos argumentos a favor de un feminismo de diferencias, a partir de un marco constructivista que considera que tanto las diferencias como las similitudes entre los géneros se construyen. Abordar el debate desde esta perspectiva significa que no intentaré responder a la pregunta “¿existe una racionalidad femenina?” sino analizar las implicancias de esta pregunta y de sus posibles respuestas.

¿Pregunta filosófica o psicológica?

La pregunta por la existencia o no de una racionalidad femenina está indisolublemente ligada a la pregunta por la existencia o no de

diferencias entre los géneros, posiblemente uno de los debates que más ha dividido al feminismo académico. Uno de los argumentos del feminismo de la igualdad en contra del feminismo de la diferencia es que el postular la existencia de características propias de cada género esencializa los géneros, reforzando los estereotipos ya presentes en la cultura que justifican y perpetúan la dominación de la mujer. En este argumento están presentes algunos aspectos de las dos cuestiones a las que hago referencia.

Con respecto a la primera cuestión, creo que es importante distinguir que cuando defendemos la tesis de una racionalidad femenina, podemos estar diciendo dos cosas: a) que las mujeres piensan de modo distinto al hombre porque ésa es su psicología, b) que existe una racionalidad distinta a la racionalidad dominante, que ha estado de hecho más frecuentemente asociada (por una cantidad de razones) a la mujer, pero que no necesariamente es inherente a la mujer en ningún sentido psicológico o biológico. La pregunta psicológica sería: ¿cómo piensan las mujeres? ¿pien-

¹ Trabajo presentado al Segundo Coloquio de Mujeres en Filosofía, Buenos Aires, 19 y 20 de octubre de 1995.

* Docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue.

san distinto que los hombres? La pregunta filosófica sería: las mujeres ¿tenemos algo que decir acerca de la racionalidad dominante? En otras palabras: ¿hay una racionalidad distinta a la racionalidad dominante que las mujeres, entre otras racionalidades alternativas posibles, estemos proponiendo?

Creo que algunas de las preocupaciones que las feministas de la igualdad han expresado respecto de la idea de afirmar las diferencias entre los géneros se reducirían si nos pusiéramos de acuerdo en que a lo que estamos intentando responder es a la pregunta filosófica, no a la psicológica. Desde mi punto de vista, además, para el feminismo la pregunta filosófica es más interesante que la psicológica, por varias razones que quisiera explicar.

En primer lugar, la pregunta psicológica por la diferencia toma a la mujer como objeto de conocimiento, como lo diferente que necesita ser explicado, y, en este sentido, tanto si terminamos rechazando esa diferencia como si la afirmamos, en el acto mismo de estudiar a la mujer como aquéllo que necesita explicación, no podemos evitar reforzar los estereotipos. Dicen Hare-Mustin y Marecek (1990): La historia de la psicología revela una consistente visión de la mujer como un Otro, como diferente e inferior al hombre. Las mujeres han sido vistas como el depósito de las características no-

masculinas, de una otricidad (p.11).² Cabe aclarar que advertir contra los riesgos de la pregunta psicológica por la diferencia no implica negar la importancia de incluir sujetos femeninos tanto como masculinos a la hora de estudiar las características psicológicas del ser humano. Por el contrario, uno de los logros del feminismo dentro de la psicología académica ha sido el develamiento del error que implica extraer conclusiones acerca de la psicología humana a partir del estudio de hombres. Sin embargo, preguntarse en qué es diferente la mujer desde el punto de vista psicológico es algo distinto, equivalente a aceptar la idea del misterio de la femineidad de que hablaba Freud. Porque ¿para quién es la femineidad un misterio? Si aceptamos la pregunta psicológica por la diferencia como una línea de indagación válida, en realidad estamos identificándonos con el punto de vista masculino, e identificando ese punto de vista como el único posible, o el punto neutro.

La pregunta filosófica, en cambio, nos coloca a las mujeres en un lugar de sujetos del conocimiento. Nos permite dar el salto hacia lo que, tomando la expresión de Sabina Lovibond, podríamos llamar discursive subjecthood. Esta es la línea de indagación tomada por autoras como Rosi Braidotti (citada por Lovibond, 1994) o Elizabeth Grosz (1993), quienes describen de qué maneras el feminismo apor-

² Las traducciones de ésta y las siguientes citas tomadas de originales en inglés son de la autora.

ta al cuestionamiento de la racionalidad dominante y cómo, en este sentido, contribuye al desmantelamiento de su poder hegemónico.

En segundo lugar, la pregunta psicológica tiene escasas posibilidades de ser respondida, con lo cual puede tornarse un campo de discusión estéril. Numerosos análisis de este tema muestran las dificultades de zanjar en el plano empírico la discusión acerca de si hombres o mujeres somos iguales o diferentes. Dicen por ejemplo Hare-Mustin y Marecek (1990): (Las dos líneas de investigación dentro de la psicología feminista) han llevado a dos representaciones de género ampliamente difundidas pero incompatibles: una que ve considerable similitud entre mujeres y hombres, y otra que ve profundas diferencias. Ambos grupos teóricos han ofrecido evidencia empírica... Creemos poco probable que futura evidencia resuelva la cuestión de si hombres y mujeres somos iguales o diferentes (p.23).

Por su parte, Kimball (1994) toma el debate sobre las diferencias de género en el razonamiento moral y de manera muy interesante muestra cómo, a través de lo que llama shifts de la construcción, pueden inferirse ya sea similitudes, ya sea diferencias, a partir de los mismos resultados empíricos. A través de este análisis demuestra que también las similitudes se construyen, no sólo las diferencias, como señalaran Hare-Mustin y Marecek y otras autoras.

Por último, la pregunta psicológica, por su posibilidad de ser desplazada al terreno de lo biológico, puede reificar las diferencias (o, lo que para el caso es lo mismo, las

similitudes) y, entonces sí, esencializar los géneros.

Cito nuevamente a Hare-Mustin y Marecek (1990) cuando, advirtiendo acerca de los peligros de la idea de diferencias de género, reproducen la frase del sabio: Si pueden hacerte formular la pregunta equivocada, no tendrán que preocuparse por tu respuesta (p. 19). Sin embargo, sostengo que la "pregunta equivocada" no es la pregunta por la diferencia, sino en todo caso la pregunta psicológica por la diferencia, y que la pregunta filosófica, en cambio, nos salva de los callejones a los que aquella podría conducirnos.

Por supuesto que aun si acordamos que aquéllo a lo que intentaremos responder será la pregunta filosófica, y en caso de que convengamos que está justificado hablar de una racionalidad femenina en ese sentido filosófico, quedan importantes puntos de debate; entre ellos el de si esa racionalidad femenina es la racionalidad alternativa, o una entre varias. Muchas autoras feministas hablan del carácter "generizado" de la racionalidad dominante, de una dimensión claramente masculina que permanece oculta, ocultada, bajo un manto de supuesta neutralidad. Pero la pregunta es ¿es éste el único "sesgo oculto" de la racionalidad dominante? La racionalidad dominante ¿es sólo masculina? ¿o es además blanca, de clase media, adulta, etc? Algunas autoras consideran que el género es la dimensión de opresión más importante, en base a la cual se estructuran todas las demás opresiones, y que por lo tanto la gran excluida de la racionalidad dominante es la voz

de la mujer. La postura más radical dentro de esta línea, según Lovibond, sostiene que el propio concepto de razón es un elemento de un discurso organizado por la asunción de la superioridad masculina. Personalmente me ubico más cerca de posturas como la defendida por la propia Lovibond (1994), quien al postular una crisis de la racionalidad consistente en una confrontación entre el sujeto pensante y el hecho de su status materialmente condicionado, incluye como a la vez factores de la crisis y beneficiarios de la misma no sólo a las mujeres sino también a los otros grupos relegados. El efecto de la crisis es hacernos a todos, en términos metafísicos si no empíricos, igualmente "otros", y darle una nueva significación normativa a la

posición subjetiva de mujeres, negros, gays, niños, prisioneros, pacientes, etc, quienes siempre han sido "otros" (p.76).

Desde este punto de vista, la racionalidad femenina sería una racionalidad alternativa a la racionalidad dominante, una entre varias. El género sería una de las determinantes que, a la manera de un caleidoscopio, configuran en sus entrecruzamientos las distintas racionalidades.

¿Por qué entonces hablar de la racionalidad femenina, y no de las demás? Mi respuesta es: las mujeres, en tanto tales, debemos hablar de lo femenino excluido de la racionalidad dominante porque las voces faltantes (la contracara, podríamos decir, de los sesgos a los que la racionalidad está sujeta) sólo

pueden ser expresadas por los mismos portadores de esas voces. Esa es la característica de las posiciones subjetivas: ellas deben hablar por sí mismas; no pueden, por definición, ser habladas.

¿Estrategia o utopía?

Una de las grandes objeciones de una corriente del feminismo a la idea de investigar (construir, reconocer) diferencias de género es: si afirmamos que somos diferentes, esta afirmación justifica, o puede ser usada para justificar, la continuación del desequilibrio de poder entre los géneros, el relegamiento de las mujeres a lugares de menor importancia social.

En este argumento lo que se está diciendo es que la afirmación de diferencias no es una buena estrategia para las reivindicaciones feministas. Mi advertencia es que aun si consideramos que el acentuar las similitudes y negar las diferencias es bueno como estrategia (y esto, como veremos, tiene sus problemas), no deberíamos por ello compenetrarnos con esa estrategia al punto de terminar creyendo que las mujeres somos iguales a los hombres, y renunciar entonces a una utopía basada en los valores que han sido más frecuentemente sostenidos por mujeres. Graciela Morgade (1994) parece plantear una advertencia similar cuando dice: *...se plantea que en la lucha por la igualdad real (...)se corre un riesgo tal vez no deseado: la transformación de cara a un modelo, ese modelo "masculino". Y se pregunta: ¿se afectará así, hasta provocar su desaparición, a las capacida-*

des "femeninas" como diferentes a las de los hombres? (p.97).

Sin hacer mención específicamente de la distinción entre estrategia y utopía, Kimball (1994), como parte de su propuesta de utilizar la tensión entre las dos grandes tradiciones dentro del feminismo para construir un mundo mejor, aporta esta idea: el feminismo de la igualdad sería una buena estrategia para ganar, en el presente estado de cosas, un lugar de igualdad para la mujeres, mientras que el feminismo de la diferencia sería más visionario, con una propuesta de modificación de las instituciones sociales en consonancia con los valores que aportan las mujeres.

Mi sugerencia va entonces en el sentido de no confundir estrategia y utopía cuando discutimos si somos diferentes o somos iguales. Ahora bien, hecha esta diferenciación, quisiera además señalar que la negación de las diferencias, aun como estrategia, presenta sus problemas. Uno es que en ella se filtra una peligrosa superposición entre los conceptos de igualdad como equidad e igualdad como identidad, cuya implicancia es que sólo la homogeneización es garantía de justicia: para vivir en una sociedad igualitaria (en el sentido de equidad), tenemos que ser iguales (en el sentido de idénticos). Un documento de la CEPAL sobre violencia de género analiza este mismo problema en términos de una tensión entre el principio de igualdad y el derecho a la diferencia (CEPAL, 1994), tensión que el feminismo de la igualdad parecería resolver aboliendo el derecho a la diferencia. También Morgade (1994) se refiere a este tema cuando habla de

comprender a la igualdad como valor moderno - evitando los artilugios interesados de la ideología que pretenden transformarla en identidad... y propone una solución que implica distinguir entre igualdad de individuos e igualdad de grupos sociales. Entendemos entonces a la igualdad como una meta en sentido estructural: no son los individuos los iguales sino los grupos o categorías sociales que integran (p. 95).

Otro problema con la estrategia de la igualdad es el señalado por

Genevieve Lloyd (citada por Plumwood, 1993) en términos de la imposibilidad de las mujeres de acomodarse a un ideal cultural que se ha definido a sí mismo por oposición a lo femenino. Este argumento señala el hecho de que, además de las dificultades prácticas que las mujeres tendríamos, y de hecho a menudo tenemos, para adaptarnos a ideales que no conciben con nuestra socialización, dicha adaptación implica una verdadera contradicción lógica: si parte de la definición de lo masculino

es el ser un no-femenino, es clara la imposibilidad intrínseca, por definición, de que lo femenino sea como lo masculino, ya que no se puede ser A y no-A al mismo tiempo.

Rosi Braidotti, oponiéndose a la idea de la similitud como estrategia, plantea la postura inversa: la verdadera estrategia consiste en afirmar las diferencias. La afirmación de la diferencia sexual es una estrategia política que asigna a las mujeres como movimiento colectivo el derecho y la competencia para definir nuestra propia visión, percepción y análisis de nosotras mismas (citada por Lovibond, 1994, p.78). Es decir, sólo desde un “nosotras” que nos auto-afirma como valiosas y desde el cual reclamamos nuestro derecho a expresar nuestras propias ideas, es que logramos un lugar de protagonismo en la construcción de la racionalidad. Por su parte, Morgade (1994) realiza una propuesta similar, agregando además la idea de la igualdad (entendiendo yo, en los términos del presente trabajo, igualdad-equi-

dad) como meta. ...mientras no puede dejarse de considerar a la igualdad como la meta tanto en el campo social como en el campo de la significatividad y representatividad de los contenidos educativos, existen elementos de gran riqueza en los desarrollos de la teoría de la diferencia para asegurar a las mujeres una experiencia educativa rica desde el punto de vista ético y eficiente desde el punto de vista pragmático. Es decir, como dice a continuación igualdad como meta, diferencia como estrategia (p.94).

Más allá del hecho de que, como queda demostrado, el debate sobre cuál es la estrategia más conveniente para la lucha feminista no es sencillo, y aunque este debate incluya necesariamente aspectos de las utopías involucradas en una u otra estrategia, sostengo que es importante diferenciar los dos términos, y que la discusión entre la tradición de la igualdad y la tradición de la diferencia se ve complicada por una falta de explicitación o diferenciación de los mismos.

Tomando ahora la utopía como foco de la discusión, retomo los planteos de Kimball. Ella dice: usemos la idea de igualdad para luchar hoy, sostengamos la idea de la diferencia para imaginar un mundo mejor. Mi objeción a la postura de Kimball está en este punto: ella parece sugerir que si distinguimos estos dos aspectos, las dos tradiciones tienen una base común sobre la que discutir, sin hacer referencia a que ese “mundo mejor” no es imaginado de igual manera por todas las personas, aun dentro del feminismo.

El análisis de la situación de la mujer, histórica y actualmente, como una de dominación e inequidad, y la necesidad de estar en un plano de igualdad-equidad con el hombre, no es un tema de discrepancia dentro del feminismo. Pero surge una discrepancia cuando preguntamos: ¿queremos estar en un plano de igualdad en la sociedad tal como es ahora? ¿O queremos estar en un plano de igualdad en una sociedad distinta? Esto no es ya una cuestión de estrategia, sino de utopía.

Conclusión

He intentado mostrar que diferenciar entre pregunta filosófica y psicológica por un lado, y estrategia y utopía por otro, es importante para el debate feminista sobre la postulación o no de una racionalidad femenina. Sugiero que parte de las feministas que rechazan el concepto de diferencias de género quizás relativizarían su postura si acordáramos hablar de “lo diferente” no como aquellas características propias, inherentes a la psicología de la mujer, sino como aspectos de una racionalidad alternativa a la dominante. Y que las feministas en general encontraríamos una mayor base de diálogo si consideráramos los aspectos estratégicos como separables, hasta cierto punto, de las utopías. Es por esto que me parece importante que estas cuestiones sean dirimidas, o, al menos, que no permanezcan como zonas de confusión que traben el debate.

Sin embargo, sugiero también que, aun resueltos los

malentendidos producto de la no explicitación de los dos puntos anteriores, las utopías subyacentes a una y otra concepción dividan el campo feminista de manera profunda. Lo que el feminismo de la igualdad propone, intencionalmente o no, conlleva una utopía que, aun siendo muy crítica en lo que hace a la situación de la mujer, está consustanciada con el modelo dominante de humanidad y cultura. La utopía para este feminismo consiste en que la mujer llegue a ser aceptada con plenos derechos y total igualdad dentro de la sociedad actual. La brecha entre esta utopía, y la de una sociedad donde se valore la conexión por encima de la autonomía individual, la solidaridad por encima de la competencia, es profunda.

En síntesis, intenté una contribución al esclarecimiento del debate dentro del feminismo con el objetivo de que podamos abocarnos a una discusión fundamental: a qué tipo de sociedad, para hombres y mujeres, queremos encaminarnos.

Referencias bibliográficas:

CEPAL. 1994. **Violencia de Género: Un Problema de Derechos Humanos.** (Documento).

GROSZ, E. 1993. *Bodies and Knowledges: Feminism and the Crisis of Reason.* En Alcoff y Potter (eds.) **Feminist Epistemologies.** New York: Routledge.

HARE-MUSTIN, R. y Marecek, J. 1990. **Making a Difference: Psychology and the Construction of Gender.** New Haven: Yale University Press.

KIMBALL, M. 1994. *The Worlds We Live En: Gender Similarities and Differences.* CANADIAN PSYCHOLOGY, v.35, No.4.

LOVIBOND, S. 1994. *Feminism and the “Crisis of Rationality”.* NEW LEFT REVIEW, v. 207.

MORGADE, G. 1994. *La tensión igualdad/diferencia en una propuesta pedagógica feminista.* HIPARQUIA, v.VII, No.1.

PLUMWOOD, V. 1993. *Feminism and Ecofeminism.* SOCIETY AND NATURE, v. 2 No.1.